

testar unas preguntas. Con qué maquiavélico deseo pensaba: «mira que si pudiese adivinar por telepatía lo que piensa preguntarme este buen señor». Pero quiá. Era al revés; siempre adivinaba él lo que no sabíamos nosotros.

Es claro, me parecía, que estas inquietudes del Bachillerato se acaban con la Reválida. Supremo mazazo en la dolorida cabeza del adolescente, que a modo de espaldarazo parecía decirle: fin de la primera parte.

Pero lo cierto es que no se acababa aquí, ni mucho menos, la zozobra. Es verdad que el ser bachiller suele dar algunas satisfacciones. Los pantalones largos y todas sus consecuencias anejas, animan un poco el abatido cerebro, y las ilusiones de entrar en el gremio universitario suelen mitigar en parte las rabietas y malos ratos pasados.

Pero entonces surge la «tragedia». Al implacable «amor propio», ciego e instintivo motor de los esfuerzos del bachiller, le aparece un sustituto, consciente y aún más agobiante: la conciencia de la responsabilidad. Ya no se estudia para saber más que Pepito Gutiérrez, el «enchufado». Ya no. El ánimo se ha serenado y no deja huella en nosotros aquel enfermizo amor propio que nos llevaba con la lengua fuera detrás de las Guerras Púnicas o del cuadrado del lado opuesto a un ángulo agudo.

Al terminar la Reválida, ya casi ha quedado definida la personalidad del hasta entonces niño. Pensábamos: bueno, ahora solo estudiaré lo que quiera. Mis aficiones. Y además sin agobios, sin zozobras, sin opresiones. Que te crees tú eso, debió pensar ese duende enredador que va marcando a capricho nuestro destino. Como tú no eres millonario, si quieres hacer una carrera larga, tendrás que hacer antes otra corta que te ayude a soportar la primera. Y he aquí el primer tropiezo que comenzará a desviarte del hipotético rumbo por tí elegido.

En resumen: que si tú querías ser médico, a poco que te descuides estás estudiando Matemáticas.

Admiro profundamente a esos hombres como Kepler, Goethe y, en nuestro tiempo, Baroja, y seguramente tantos otros que supieron a tiempo emanciparse del duendecillo que les había llevado por el camino contrario a sus aficiones, aun después de haberle seguido durante años. Les admiro porque es difícil hacer esta ruptura con el destino por dos principales razones. Primera, porque corre uno el peligro de dejar un camino ya conocido para buscar otro más sugestivo para nosotros y encontrarse al cabo de unos años desorientado y confuso para el resto de nuestra vida. Y segunda, porque cualquier camino profesional es bueno si se bucea en él con ahinco, y además «en cualquier esfera del saber se puede llegar a encontrar belleza con tal de que se profundice lo suficiente», como un día dijera Newtón, y por ello a veces la profesión que se tomó a disgusto llega a ser fuente de satisfacciones en nuestra vida.

Pero salvemos este paréntesis que nos ha apartado del tema. Decía, pues, que la resolución de nuestro

porvenir universitario es ya más serio. Hay que volver a renovar nuestras inquietudes y sinsabores, esta vez aguzados por la mayor dificultad de los exámenes, y por jugarnos en cada uno de ellos un pedacito de ese bienestar hogareño que va tomando forma en la conciencia y en las ilusiones del estudiante. Se ha hablado mucho de eficacia, necesidad o inconveniencia de los exámenes; no escarbaré en las raíces del problema, bastante peliagudo por cierto. Pero sí, como sujeto que he sido de él, podré afirmar que hasta ahora los peores ratos de mi vida los he pasado examinándome. Tal vez sea una apreciación puramente personal, aunque lo dudo, pues he contemplado demasiadas ojeras y pálidos semblantes, demasiados casos de balbuciente mudez en individuos habitualmente dicharacheros, y excesivas miradas de angustia en jóvenes más valientes que el Cid, para creer que solo soy yo el que lo pasa mal. Es natural que hay quien no lo pasa mal: el que no estudia ni le importa; pero cuanto digo no va con ellos. A veces pienso que este oficio de estudiar, que muchos creen de vida muelle, sólo les convendría seguirle a los que no pueden coger otro. Pero son tonterías. Dejémoslas.

El caso es que al cabo de varios años de quemar muchas horas desentrañando complejas ecuaciones unos, y otros sobrecargando su saturada memoria con espesos temas interminables, se llega al final de la carrera. ¡Se han pasado catorce años aprendiendo el oficio!

Alguien pensará que con catorce años de oficio, uno será ya «un productor» en la sociedad. Pues no, señor. El estudiante no produce aún absolutamente nada; le faltan aún unos cinco años de codazos para poder introducir su malparada cabeza en algún huequito que aún quedaba sin dueño.

Y después de todo esto, con sus buenos treinta y muchos años, y algunos con una frente que le llega a los talones, es cuando le llega al no tan joven estudiante el turno de eso que se llama matrimonio y de esas otras cosas que se suelen llamar «les plaisirs de vivre»; eso si no ha quedado el estudioso tan gastado que sólo le apetecen sopitas calentitas y una buena cama.

No quiero excederme en mis visiones cenicientas de la vida dedicada al trabajo intelectual, ni sobrecargar las tintas en su dificultad y aridez en relación con otros «oficios», pero sí es mi deseo dar un leve mentís a esos seres poco dados a situarse en el plano de su interlocutor, que con displicente sonrisa, a menudo les oímos exclamar: «¡Buena vida la de los estudiantes...!», y decirles que, al menos, completen la frase añadiendo «... que no estudian».

Y quiero terminar diciendo que también el estudiar tiene sus satisfacciones, y no pequeñas. ¿Hay acaso mayor momento de felicidad que el de echarse boca arriba en una bien mullida tumbona, después de un agotador examen, y pasarse varias horas dejando que piense nuestro ya liberado entendimiento cuantas tonterías se le antojen?

GONZALO PAYO SUBIZA